

C E S E D E N .

AL MARGEN DE LOS CLASICOS (3)

NICOLAS MAQUIAVELO

Primera y Segunda Lectura

- Por D. José DELGADO LOSADA, General de Brigada de Ingenieros (DEM).

Mayo 1986.

BOLETIN DE INFORMACION no 192-IV.

Nicolás, hijo de Bernardo Maquiavelo, abogado y tesorero de Ancona y de Bartola Nelli, nacido el día 3 de mayo de 1469 bajo el signo de Tauro, en Florencia, es, sin duda, un precursor de las ideas de defensa nacional y de unidad nacional -- tal y como hoy las concebimos. Fue quién después de muchos años intenta enseñar a la patria a servirse de sus propias armas.

A Maquiavelo le mueve la unidad y el engrandecimiento de su Italia, si bien la temática de sus escritos rebasa la situación particular de una región limitada hasta abarcar el total de la humanidad conocida, el occidente, que por entonces se va forjando en su versión actual.

Quede para los biógrafos e historiadores el tratar de descubrir si la vida, la obra y las circunstancias de Nicolás Maquiavelo fueron de ésta o de aquella manera, si pudo o dejó de poder tal o cual cosa. Es evidente que los que aplicaron sus normas, aparentando no cumplirlas, que es la máxima perfección de su preciso cumplimiento, han salido gananciosos en el pleito diario de la supervivencia de los estados, por lo menos desde que fueron arrumbadas, pasaron a un segundo plano, las aspiraciones trascendentes y dejaron libres las apetencias materialistas, sin más paliativos.

Pensando en aquello de "la guerra es la continuación..." y que el discurso de la guerra lo plantea el político y lo conduce el estratega, no está de más volver a leer a Maquiavelo, un hombre que quiso ser político y estratega y se quedó -

en leido y zaherido famoso, porque apadrinó con su nombre, bautizó circunstancialmente, las pasiones humanas elevandolas a -- rango de teoría inacabable y sin remedio, como causa única de -- todo lo malo y lo bueno que ha acontecido y habrá de acontecer-- en este mundo.

Desde 1939 se suceden con rapidez varias ediciones-- de "El Príncipe" con notas y comentarios de Napoleón (1). De -- una de ellas adquirí un ejemplar que sin ningún ánimo de claros-- curo, después de una lectura cándida e incompleta, coloqué en -- un anaquel al lado de la Deontología militar de nuestro involvi-- dable M. Alonso.

Hoy, con el peso de la reflexión histórica que otor-- ga un periodo lo suficientemente amplio en el uso de un mínimo-- de sentido común y tras la consideración de los principios de -- Kaplan para una nueva era equilibrante entre el hegemónico y el -- perturbador (2) he vuelto a releer a Maquiavelo. He vuelto a -- pensar en su Italia, como un damero de pequeños estados, en el -- que las superpotencias coetáneas jugaban a su antojo e intere-- ses su partida, alejando así la guerra de sus propios territo-- rios, norma inicial de supervivencia y fundamental principio de -- estrategia.

La lectura de Maquiavelo nos lleva a conceptos como -- materia de estado, razón de estado o similares que se desempol-- van cada tres generaciones, cuando la humanidad cree descubrir-- nuevos horizontes, lanzándose a aventuras trilladas por abuelos, -- asumiendo conceptos estratégicos íntimamente ligados al ente es-- tado como nuevos descubridores de mediterráneos sobados y rene-- gridos por el uso: el cerco del mar a la tierra, la atracción -- por el mar de las masas continentales, poliorcética o polémica-- abstracta, aplicaciones para insularidad o continentalidad del-- principio base de la más elemental estrategia.

En los momentos en que parece estamos abocados una-- vez más, a no sacar de la situación geográfica y de la historia -- lo que pueden darnos, con la grata sonrisa de nuestros enemigos -- y el aplauso de colectividades apacentadas, la lectura de Maquiá-- velo, unas segunda y reposada lectura de sus principales obras-- resulta casi necesaria, especialmente para aquellos que han de -- ser norte o inspiración de conductas.

Maquiavelo trató de deducir de la consideración de -- unos hechos históricos y de la minuciosa, aguda y delgada obser-- vación de los hombres, reglas generales que tuviesen una verda-- dera aplicación práctica en beneficio de los estados.

También, el estratega que se ha de mover en el terreno de la razón trata de obtener del hombre, de la tierra y de las acciones de los unos sobre la otra puntos fijos por donde conducir las fuerzas en presencia en beneficio de una colectividad que se ha confiado a sus decisiones.

La lectura de Maquiavelo puede ayudar, pese al tiempo transcurrido desde la publicación de sus obras, al que desea una clarificación de los planteamientos estratégicos generalmente admirados con excesivas teorías arrastradas de otras disciplinas o de otros planteamientos de vecinos o aliados que se apoyan en supuestos distintos si no contrarios.

Hay tensores fijados por la naturaleza de las cosas imposibles de anular, que mantienen su actualidad cualesquieras que sean las vicisitudes del hombre y del armamento. Como organismos vivos, en sus sístoles y diástoles los imperios, estados, naciones, universales o personalistas, los pueblos, islames, sectas o congregaciones se expanden o contraen se regeneran o anquilosan, renacen o transmigran según su naturaleza o medios de vida y pasan de la individualización al gregarismo y no por eso cambian las constantes determinadas por la situación física y el arrastre histórico.

No es solo la cualificación del término Estado lo que nos lleva a Maquiavelo sino también otros conceptos como el de terrorismo, enemigo que golpea con el beneplácito de unos pocos y las condenaciones estereotipadas de los más, porque Maquiavelo escribe: "el terrorismo medio e instrumento político; todo gobierno nuevo no puede ser establecido mas que por el terror; es necesaria a veces una ejecución memorable; la perfidia, los medios extraordinarios, la violencia y el terrorismo son la base". Muchas citas se podrían extraer de su obra y nos resulta un incentivo más para releer a la "vulpeja florentina" y pensar simple y lisamente sin entrar en más profundidades en la frescura de sus observaciones que cinco siglos no han logrado desvirtuar ni envejecer, pese a la abundancia de utopistas idiotizados por teorías que se califican modernas, no tan modernas en verdad, interpretaciones del hombre "nuevo", amante de su prójimo como de sí mismo, anhelo de todos, pero por desgracia solo anhelo, hombre célula de un tejido nuevo, componente uniforme y sin manchas de esa soñada noosfera, que no pasa de ser sueño, o religión intrascendente para agnósticos.

Hoy que todo apunta al hombre bueno y racional se opina que el "estado de derecho" contradice por múltiples razones las prácticas maquiavélicas dado que una exacta y calculada normativa sobre las actividades de unos y de otros, de todos, -

no ha de permitir los excesos pasionales de hombres que colocados en puntos vitales de la estructura socio-económica puedan conseguir mediante acciones no controladas una sobre-abundancia de poder, esclavizador de los que no obren de la manera estipulada en favor de las minorías dirigentes, que resultarían "menos" dirigentes.

Se atribuye la sistematización de las tesis sobre minorías dirigentes al grupo de maquiavelistas de la primera década del siglo que estamos apurando, integrado fundamentalmente por Pareto, Mosca y Michels que encontraron en Maquiavelo (3), el interés en la formación de las minorías necesarias para la conducción social.

Luckas desde otra perspectiva tacha de crudamente-ideológicas las tesis maquiavelistas (4), pero si llevamos el razonamiento al extremo; el pensamiento maquiavelista, con todos sus detractores, tiene, no obstante, la solidez de una tautología y no hay duda que prefiguró en tono menor mucho de lo que luego habrían de decir el funcionalismo y la cibernética (5), en cuanto a órganos y procesos de decisión efectivos, no aparentes.

Otro "mediterráneo" suele ser aquello de la antinomia civil-militar, las épocas distintivas que Ortega afirmaba se sucedían, en la historia del hombre, y del que Maquiavelo nos proporciona juicios de maestro en su doble vinculación político-estratégica.

"Han opinado y opinan muchos que no hay nada tan de semejantes que tanto difiera como la vida civil y militar "(6)". Lo que ocurre en nuestros días (los días de Maquiavelo) justifica esta opinión; pero examinadas las instituciones antiguas, no se encontrarán cosas más unidas, más conformes y que se estimen tanto entre sí como estas dos profesiones; porque cuanto se establece para el bien común de los hombres, cuanto se ordena para inspirar el temor y el respeto a Dios y a las leyes sería inútil si no existiera una fuerza pública destinada a hacerlo respetar, cuya fuerza, bien organizada, y a veces sin buena organización, mantiene las instituciones. Por el contrario, sin este apoyo en la milicia, el mejor régimen político y social se derrumba, como las habitaciones de un magnífico y regio palacio resplandecientes de oro y pedrería, cuando carece de techo o de defensa contra la lluvia" (7).

Azorín va más allá cuando alecciona al político para que no dé en la candidez de creer la famosa distinción entre el derecho y la fuerza. "No hay más que una cosa: Fuerza. Lo que es fuerte, es lo que es de derecho, la fuerza hinche y lle-

ne cosas e ideas; estas cosas e ideas mientras están animadas de esta misteriosa vitalidad son las que dominan" (8).

"Esta necesidad, bien apreciada por los legisladores y por los militares, ocasionaba que todos los hombres elogiaban la vida del soldado y procuraran cuidadosamente seguirla e imitarla. Pero corrompida la disciplina militar y olvidadas casi por completo las antiguas reglas, han aparecido estas funestas opiniones que hacen odiar la milicia y evitar toda clase de relaciones con quienes la ejercen".

"Juzgando, por lo que he visto y leído, que no es imposible restablecer las antiguas instituciones militares y devolverles en cierto modo su pasada virtud, he determinado, al fin hacer algo en este tiempo de mi forzosa inacción, escribir sobre ello", y de lo que ensayó Maquiavelo en sus horas bajas, otros como Azorín en "El Político" concluyen: "Nicolás Maquiavelo quiere que el político sea como el león y la vulpeja. Fue un político muy notable, intervino en multitud de asuntos diplomáticos, conoció y trató a hombres insigne y príncipes; luchó ardientemente por la libertad de su patria; sufrió el olvido y la pobreza" (9).

Para el redactor de la "Historia florentina" lo único que cuenta es el éxito o la buena culminación de las actividades emprendidas, el triunfo: "aquellos que vencen, que lo hagan de cualquier modo, mas sin avergonzarse nunca" (10), - él no tuvo de que sonrojarse, como no fuera de no callar.

Todos parecen estar de acuerdo en que no llegó a filósofo sino sólo a buen observador, que contó con brillantez y claridad lo que pudo observar y las ocurrencias de sus observaciones, indiscutiblemente agudas, sugestivas y hasta cierto punto pesimistas. Maquiavelo no era Maquiavélico, ni hombre de acción, ni político en el terreno de los encuentros prácticos, de las intrigas y de los cálculos fríos, del callarse y del mentir. No sabía desenvolverse y era extremada su pusilanimidad y mala suerte. Simpático como hombre y como diplomático ni los diversos encargos ni las secretarías desempeñadas tuvieron gran importancia a excepción de alguna misión aisladas. Se extasia y fascina ante el hombre decidido, sin escrúpulo, que a él le hubiera gustado ser pero que no fue.

Pin y Soler en el prólogo a la edición en catalán de "El Príncipe" (Barcelona 1916) nos dice: el aparente monstruo de perfidias no pasó de ser un fracasado sin estruendo, no tuvo excesivos méritos, ni grandes culpas, un "hombre" de feliz ingenio y cierto carácter rebelde, cínico y aventurero. No le producen medro las embajadas, no es favorecido por la

fortuna, castigado por la adversidad, inofensivo patriota, más-espía distinguido que embajador fastuoso le encomiendan muchas misiones porque gastaba poco, se enteraba de mucho y volvía --- pronto.

No acertó, convencido como estaba de que era suficiente para hacer carrera política el leal amor por la salud de la patria, la sinceridad y el desprecio de todo lo mediocre; -- aunque él enseñaba que estas cosas no eran suficiente. El peor discípulo de Messer Nicolo fue el propio Maquiavelo. No obstante su obra ha inspirado multitud de ellas en pro y en contra, a veces como cara y cruz de una moneda, inseparables para constituir la forma de la misma y porque no concebimos y porque no es suficiente solo una vista para conocer el mundo de tres dimensiones en que vivimos. Hasta Rousseau encontró inspiración maquiavélica para su religión civil, es un modelo para la psicología política y la temática de su obra es tan amplia que va del verde pornográfico hasta el amarillo de la vida de Castruccio.

Clemente VII autoriza el Príncipe. Pablo IV anula el privilegio y en 1559 lo pone en el "Índice". Mereció la lectura de Napoleón y se han publicado juntos el Príncipe y el anti-Maquiavelo, asesorado por Voltaire de Federico el Grande.

Maquiavelo contempla la "verdad desnuda": el hombre de cualquier tiempo o cualquier lugar aparece agitado por las mismas pasiones. "Despiadado siempre por la búsqueda de su utilidad olvida más fácilmente la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio" (11).

El despiadado, cruel y perverso no resulta así ser ni Maquiavelo ni ninguno de sus personajes, es simplemente el hombre, por naturaleza e irremediablemente, la impiedad, la crueldad y la perversidad son tres factores con los que hay que contar a la hora de construir, contraponiéndoles la fuerza, la astucia, el cálculo y el engaño.

Maquiavelo no inventa nada maquiavélico, se limita a la descripción de la forma de comportarse de los hombres, que somáticamente resulta "maquiavélica" e intenta redactar un cuerpo de doctrina que por proceder de él viene a ser maquiavélico provocando que todos, los que siguen sus normas, y son todos, resulten por su conducta "maquiavélicos".

El arte de saber fundar, mantener bien, gobernar ordenadamente y expansionar el estado constituye "la virtud" (virtu) y abarca el vigor físico, capacidad de prever los acontecimientos, fuerza de voluntad para dirigirlos, coraje y audacia calculada, rapidez en el decidir, saber afrontar la situación -

favorable, rehuir y prevenir las desfavorables. En remunerador-contubernio "la virtud" incluye todas las virtudes y todos los vicios.

Su pasión por la fortuna hace decir a Sciacca: (12) sus conclusiones de que la fortuna deja a los hombres gobernar-poco más o menos la mitad de nuestras acciones, es simplista y-filosóficamente ingenua como todas las respuestas nacidas en el terreno de lo pragmático. En suma Maquiavelo es autor merecidamente de los más discutidos. Exaltados como el máximo teórico -fundador de la ciencia política y del estado moderno y denigrado como una especie de satanás desencadenado. Como escritor todos están de acuerdo en decir que puede emparejarse a Bocaccio, pues sus imágenes son vivas, potentes e iluminantes y su prosa-elegante y precisa aunque en sus escarceos inmorales llega a límites no fácilmente disculpables.

El arte de la Guerra en Maquiavelo se articula dentro de un conjunto de normas detalladas, muchas puramente tácticas y basadas en el arte más antiguo de combatir, en la exposición simple y cruda de principios estratégicos invariables, de-perenne utilidad, como cuando nos dice: "en una nación bien organizada se procurará hacer el estudio del arte militar durante la paz y ejercitarlo en la guerra; pero sólo cuando el gobierno lo ordene, como acontecía en Roma "(13)", el ataque sorpresivo, la finta y el engaño, la destrucción de las comunicaciones y -- los centros de aprovisionamiento, permanecen como acciones inalterables desde los tiempos más antiguos" (14).

Confiesa por boca de sus personajes que jamás ha -- ejercido el arte militar como profesión pues la acción fundamental se limita a gobernar los súbditos y defenderlos y con ese -- objeto se debe amar la paz y saber hacer la guerra (15).

Conforme siempre a la antigüedad llama elección de los hombres al reclutamiento palabra que desprecia y no considera conveniente y redacta una serie de normas para su desarrollo (16). En el mismo texto nos señala que quien no prepara las provisiones necesarias de víveres, será vencido sin pelear y aconseja se pregunte a muchos sobre lo que se debe hacer pero a pocos lo que se quiere hacer (17). Copia del pensamiento clásico-de Plutarco señalado en sus "vidas paralelas" al relatar las -- gestas de Lisandro lo que no se puede conseguir con la piel de-león debe intentarse con la de la vulpeja, matizando el sentido como nos dice Azorín que hay que ser vulpeja para conocer los -- lazos y león para espantar los lobos (18).

Aconseja a los sabios que no debe juzgar inútil una organización militar porque haya sido vencida alguna vez, sino-

aplicarse a remediar las faltas que produjeron las derrotas (19), campana de nuestras espadañas, cascada de tañer para sordos.

Dentro de lo que llamaríamos preparación y preparación psicológica nos dice: persuadir o disuadir a pocos de alguna cosa es muy fácil porque, si no bastan las palabras, podéis emplear la autoridad de la fuerza. La verdadera dificultad consiste en destruir en el ánimo de la multitud un error funesto y pernicioso para el bien común o contrario a vuestra opinión, -- pues en este caso sólo puede usarse de la palabra, y, para convencer a todos, preciso es que llegue a sus oídos (20). Se dirige a unos protagonistas de su escena política que retrata acremente:

Creían nuestros príncipes italianos, antes de sufrir los golpes de las guerras ultramontanas, que bastaba a una persona de su condición aprender a redactar una hábil respuesta, a escribir una bella carta, o mostrar en sus discursos agudeza y rápida comprensión saber preparar una perfidia, adornarse con joyas de oro y piedras preciosas, sobrepujar a los demás en el lujo de la mesa y el lecho, rodearse de gentes viciosas, gobernar a sus súbditos con orgullo y avaricia, vivir entregado al ocio corruptor, conceder por favor los empleos militares, despreciar a quien les diera algún consejo saludable y pretender que sus palabras se tomasen como respuestas de oráculos, no comprendían los desgraciados que se preparaban a ser víctimas del primero que les acometiera (21). Frente al retrato decadente, la esperanza no exenta de nostalgia de los tiempos pasados:

Mientras en la república fueron puras las costumbres, ningún ciudadano, por poderoso que fuera, se valió del ejercicio de las armas durante la paz para violar las leyes, expropiar las provincias, ejecutar actos de usurpación y tiranía contra la patria y someterlo todo a su voluntad; ni ninguno, -- aún de los de más humilde condición, pensó violar los juramentos, unir su suerte a la de personas privadas, no temer al Senado ni contribuir a cualquier acto de tiranía para asegurar en todo tiempo su vida de soldado. Los generales, satisfechos del triunfo, volvían gustosos a la vida normal, y los soldados dejaban las armas con mayor placer que las tomaban, dedicándose a las ocupaciones ordinarias, que aseguraban su subsistencia, sin que nadie intentara vivir con el oficio de soldado y el producto de las guerras (22).

Y ante la falta de preparación: siempre que los hombres quieren hacer alguna cosa, deben prepararse hábilmente para que, llegada la ocasión, puedan realizarla: cuando las preparaciones se hacen cautamente, no se conocen, y a nadie se puede acusar de negligencia si no ha llegado la oportunidad de ejecu-

tar la empresa; pero, al llegar, descúbrese enseguida si no es tá bien dispuesto o si no se había pensado en tal cosa (23).

Otra idea interesante que suscribiríamos con la sana intención de incitar a los llamados a la conducción de hombre es aquella en la que discurriendo sobre las equivocaciones que se pueden tener al escribir sin ánimo proselitista, resultan sin daño de nadie y pueden ser corregidas; pero las que de hecho cometen otros, sólo se conocen por la ruina de los estados (24). Racional sentencia, aunque la profundidad de su filosofía sea pequeña, su efecto práctico puede ser considerable.

Caballero Calderón autor de un "Príncipe" contemporáneo: "El nuevo Príncipe" que trata de ser más maquiavélico -- que su antecesor llega a decir cosas actuales, poco discutibles en el ambiente realmente maquiavélico que lo impregna todo, aunque eso sí, procura no nombrar la cuerda en casa del ahorcado:-- "cuando oigo hablar de que vendrá para el mundo una fecunda era de paz en la que todos los hombres serán hermanos dentro del -- mismo pueblo y todos los pueblos iguales como si perteneciera a la misma raza y todas las razas equivalentes en el mismo plano espiritual; cuando oigo hablar de la Utopía, siento tristeza y compasión por el hombre" (25). El hombre se pasma de que causas ruines e ilógicas basten a desencadenar hecatombes universales-- como las últimas guerras y que la guerra sea en el fondo idéntica entre dos tribus bárbaras o entre dos pueblos cultos (26).

El utopista cree que las leyes de la moral individual tienen una estricta aplicación en la sociedad en que vive y que el día en que se lograra someter las naciones a la ley natural que rige el comportamiento de los ciudadanos el mundo se transformaría en una balsa de aceite. Los hombres dejarían de organizarse en ejércitos y de armarse hasta los dientes para -- vengar ofensas o conseguir la satisfacción de sus necesidades-- económicas (27).

Abandonar las riquezas, practicar las virtudes, poner las mejillas al que nos ofende, dejar a los nuestros para -- dedicarnos al servicio de los demás, ser pobre y humilde como -- las avecillas del cielo, traducido al plano social y erigido como la regla de conducta para los estados desembocaría fatalmente en el suicidio colectivo y en la desintegración de las culturas (28). Macabra consideración que todos alguna vez hemos tenido que soslayar a la hora de hablar o escribir sobre la conducta de los pueblos y sus siete columnas cimentadoras como llamó-- Fernandez Flores a los siete pecados capitales no por ignorados menos ejercientes.

El amor, el odio, la ambición de mando, el deseo de enriquecimiento permanecen idénticos a través de los siglos y sólo lo adelantan los medios y las maneras de expresarnos (29). Pese a las intenciones de los biólogos materialistas que creen en una evolución del hombre hacia la forma de un semiángel bueno, es más racional pensar por el momento que ese cambio sólo está previsto más allá de la actual realidad humana.

"El Nuevo Príncipe" llega a más "sobreviven no los más fuertes sino los que tienen una mayor capacidad de adaptación al medio y a las circunstancias. No se distinguen por el poder de sus músculos sino por la mayor astucia y la mayor inteligencia" (30). Y en el límite del razonamiento: si aparecemos, ahistóricos, ausentes del mundo y al margen de la vida internacional es porque ya no sabemos odiar. Estamos contentos de todo y con todos, aún con nosotros mismos, pese a que en el fondo sepamos que la incapacidad de apasionarse es el triste mal (31).

Notable aparece en relación con nuestro tiempo el principio maquiavélico de que la materialidad o la formalidad -- primera que estimula a la historia son las pasiones humanas siempre las mismas y no las necesidades vitales, las fuerzas económicas, que desde luego entran en el juego. La historia no resulta movida por los conflictos entre sistemas económico-sociales o por luchas de las clases sino que aparecen impulsadas por las pasiones exclusivas del hombre, la ambición, la vanidad, el poder. Todos los demás son instrumentos.

No interesa entrar en la verdad de estas afirmaciones pero realmente es cierto que las necesidades vitales presionan y acucian pero se aplacan al satisfacerse, con el sosiego -- de sentir, se amortiguan o moldean las ideologías puntiagudas -- que pudieran sostenerlas. Las humanas, cuanto más se satisfacen más se acrecientan. Los desequilibrios sociales o económicos -- pueden repararse y si no se reparan la causa hay que buscarla -- en los mismos instintos humanos o en la inmutabilidad de las pasiones insanas, de las que somos muñecos.

Esto no es lenguaje moderno, hablar de pasiones y de instintos en lugar de deberes y derechos parece anacrónico, por que no está de moda, pero tiene la fuerza de la "verita effectuale", de las verdades a secas, en cueros vivos, lo que hay detrás, apenas se rasca, de esa finísima cutícula de civilización, aprendizaje o soma.

El hombre es una naturaleza agitada por un apasionamiento constitutivo por el que está condenado a no sentirse ja-

más contento ante la situación presente cualquiera que sea "en el bien se amarga y en el mal se aflige" (32). Pese al enorme alcance que puede tener el preguntarse sobre la inquietud del hombre, Maquiavelo no profundiza en el tema y le basta para su objeto con un enfoque meramente político.

Pero lo que resulta divertido es escuchar o leer a los que condenan el maquiavelismo sin haber leído a Maquiavelo, lo que ocurre con muchos otros ismos, hasta con aquellos que se consideran fundamento de la propia personalidad. Tal vez porque el maquiavelismo debe sólo a Maquiavelo el nombre y existe desde los tiempos más antiguos, porque su raíz está en nuestra naturaleza y no ha de menester que pasen los siglos (33), para la eterna polémica entre el yo y el tu que genera: el fin que justifica los medios; el que olvida lo que se hace para seguir lo que debe hacerse se arruina; el que quiere ser un hombre perfectamente bueno está en peligro manifiesto en medio de los que no lo son, etc.,.

Feijóo, en su discurso sobre el maquiavelismo de -- los tiempos pretéritos (34), establece que el maquiavelismo es muy antiguo; muchos príncipes, políticos, y conquistadores de la antigüedad lo han practicado; en aquellos lejanos siglos había tanto maquiavelismo como en los modernos, "los mismos arbitrios, las mismas artes que estampó Maquiavelo y que ejercían los más sagaces tiranos de los posteriores siglos --dice Feijóo-- se hallan practicados en aquellos". ¿Qué valor tenía en Grecia, por ejemplo, el juramento y la palabra dada? "En Grecia, el faltara la palabra aún jurada, cuando su observancia se oponía al interés del Estado, era tan corriente, que por esto sólo apenas -- si se perdía algo de la opinión de príncipe justo o de hombre -- de bien". El mismo divino Platón, ¿no dice en su República, libro III, que es lícito mentir siempre que sea útil al Estado? -- (35).

Palacios reconoce en su libro "La Prudencia Política", que es en la edad moderna cuando cambia el enfoque y el -- fin de la actividad política. La verdadera política tenía anteriormente como finalidad, según la doctrina escolástica, la consecución del bien común por encima de los bienes físicos. Bien común y bien moral aparecían identificados, con lo cual la política se convertía en una verdadera realidad moral, que debe moralizar y dar un sentido humano a la técnica. Contra esta concepción de la política se levantó en los tiempos modernos la -- doctrina del florentino Maquiavelo, que consideró la política -- ligada a la razón de estado e independizada, por tanto, de toda regulación moral (36).

Una clara y consiguiente denostación de la doctrina maquiavélica, para la cual es permisible transgredir las leyes-morales con tal de que los resultados de la acción sean buenos, es lo que se ha llamado "prudencialismo" que propugna que cese el alejamiento entre la política y la moral. "Clamor y exigencia antimachiavélica que viene repitiéndose insistentemente desde los tiempos de Saavedra Fajardo. Aunque no debamos negar que ya en la Empresa de Saavedra, las concesiones que se otorgan al gobernante ponen un punto de restricción, de cautela y de habilidad en la dirección de la vida pública, con lo que el éxito real del maquiavelismo venía también a reconocerse en un cierto aspecto de la técnica política, el de la "relevante sutileza" - del gobernante -adición o atributo de la prudencia- de que hablaba igualmente Baltasar Gracián en el elogio de Don Fernando el Católico. ¿O es que no decía Gracián que Don Fernando "gob^{er}nó siempre a la ocasión" y que era por esto merecedor de alabanza? (37).

Naturalmente, la dirección de la política pudo independizarse de la prudencia y hacerse aséptica a la moral. Se convirtió simplemente en un arte. Como dice el profesor Palacios en su libro: "la doctrina de Maquiavelo enseñaría que la política es algo factible, que puede ser valorada por sus productos externos con independencia de la norma de la conducta y de la ley de Dios" (38).

Las doctrinas de Nicolás Maquiavelo causaron honda conmoción entre preceptistas, políticos y pedagogos y no era para menos.

En España fueron muchos los que clamaron contra el político florentino. Se protestó en todas las formas; se publicaron contra él libros grandes y libros pequeños. Se le combatió incidentalmente y se le dedicaron tratados especiales. Entre estos últimos figuran: El Príncipe cristiano, de Rivadeneyra; el Machiavellismus Jugulatus, del padre Claudio Clemente, y los tres volúmenes de máximas que, "contra las vanas ideas de la política de Maquiavelo", publicó el jesuita Francisco Garau (39).

Sin embargo, frente a la autonomía moral que Maquiavelo propugnaba para la política, el pensamiento político católico, y dentro de él el pensamiento político del barroco español, seguirá defendiendo la inspiración cristiana de la moral del gobernante. Surgirá así el llamado antimachiavelismo español, presente en las obras de nuestros clásicos, desde Rivadeneyra a Saavedra Fajardo. Y al modo en que Maquiavelo utilizará

la obra de Tito Livio, para reafirmar con ejemplos históricos - su doctrina política, nuestros autores se valdrán, principalmente de la obra de Tácito convenientemente "cristianizada", al recurrir, al modo escolástico, a citas de la Sagrada Escritura, para ratificar los pensamientos o ejemplos del historiador latino. Suelen señalarse, la obra del holandés Justus Lipsius "Seis libros de política o doctrina civil" (1594), como las primeras y más significativas manifestaciones de la corriente tacitista, - al historiador Antonio de Solís y, muy principalmente, a Alamos de Barrientos que realizó la traducción y glosa de la obra de Tácito (40).

Gracián en El Criticón:

"Este es un falso político, llamado Maquiavelo, que quiere dar a beber sus falsos aforismos a los ignorantes. ¿No ves cómo ellos se los tragan, pareciéndoles muy plausibles y -- verdaderos? y bien examinados, no son otra cosa que una confitada inmundicia de vicios y de pecados; razones, no de estado, si no de establo; parece que tiene candidez en sus labios, pureza en su lengua, y arroja fuego infernal que abrasa las costumbres y quema las repúblicas" (41).

Ahora bien, si abrimos los libros de Gracián y los leemos atentamente veremos que la vulpeja aparece debajo de la piel del can enseñando su hocico y su larga cola. ¿Quién adoptó el aforismo de que "cuando no pueda uno vestirse la piel del -- león, vístase la de la vulpeja? ¿Quién ha dictado la recomendación de que se debe conocer a los dichosos para arrimarse a --- ellos, "para la elección", y que se debe también conocer a los desdichados para huir de sus personas, "para la fuga"? ¿Qué pluma ha escrito la advertencia de que es preciso "saber declinar a otro los males"? (42).

Don Diego Saavedra Fajardo era un hombre de mundo, - había viajado mucho (43). Y abomina también de la vulpeja florentina. En su idea de un Príncipe político cristiano, dice -em-presa XLI- que el hombre debe obrar con equidad, no queriendo - para otro lo que no quiera para sí. Y añade, lleno de profunda indignación: De dónde se infiere cuán impío y feroz es el intento de Maquiavelo, que forma a su príncipe con el supuesto de la doble naturaleza de león y de raposa, para que lo que no pudiese alcanzar con la razón, lo alcance con la fuerza y el engaño.

Esto dice Saavedra Fajardo, indignado y vejado por la doctrina de la redomada florentina. Ahora, si leemos con cuidado su libro, veremos cómo también aquí asoma, bajo la piel -- del mastín, un hopo y un hocico que acaso dejan muy atrás a los

de la raposa italiana. ¿Quién ha escrito: "decir siempre la verdad sería peligrosa sencillez, siendo el silencio el principal instrumento de reinar?" ¿En qué libro está escrito la sentencia de que "ninguna cosa mejor ni más provechosa a los mortales que la prudente difidencia"? (44).

Antonio Pérez, en su Norte de Príncipe, mantiene -- opiniones semejantes a las de Maquiavelo, aunque pasa por taci-
tista y no es el caso discutirlo.

Si nos preguntáramos el por qué precisamente estos-
autores y no otros, podríamos responder con los argumentos de -
Maravall cuando sintetiza por qué la reacción antimachiavélica-
se produce de la mano de Tácito: "La racionalización de la polí-
tica, como una técnica de comportamiento de gobernantes y gober-
nados, se compaginaba bien con las enseñanzas de un historiador
que hacía de la Historia el campo de experimentación y comproba-
ción de la psicología, en lugar de un terreno de ejercicios de-
retórica. Por atenerse al plano natural de la experiencia, con-
más rigor que el propio Maquiavelo; por el empleo frecuente del
método inductivo; por la fina matización psicológica en la mate-
ria política" (45).

"El empirismo superficial se confundió con un prag-
matismo que vino a su vez a coincidir con los resultados de la-
influencia machiaveliana. De tal manera que machiavelista y an-
timachiavelista sacaron de Maquiavelo la errada lección de redu-
cir la política a una mera conveniencia práctica, o a lo sumo, -
a una especie de prudencia de la conducta (46).

Raymond Aron califica de machiavélica la abortada -
operación Suez (47) y cualquiera podría hacer una lista de he-
chos y empresas, negociaciones y violencias con un cierto por-
centaje de machiavelismo, y tal vez por esta silenciosa acepta-
ción de una forma de actuar es por lo que algún tratadista pien-
sa que el machiavelismo ya no se lleva, porque ya nadie lo re-
chaza ni nadie lo propugna porque todos lo aceptan y en su fue-
ro interno lo aplican siempre y en el externo en lo que les de-
jen.

Siguieron las huellas de Maquiavelo, Bodino, Hobbes
y Espinosa y hasta hay quienes consideran machiaveliano a Arias
Montano (48). Maravall que ha tratado de fijar los elementos po-
líticos que caracterizan al pensamiento político español del sí-
glo XVII señala como uno de los rasgos capitales el tratamiento
que se da como ciencia autónoma a la política, de la que la gue-
rra constituye a su vez un capítulo esencial, a partir de la --
obra de Maquiavelo (49).

Después de "El Príncipe" la política y la guerra en contrarán un tratamiento común pues ésta se concibe en función de aquella de tal manera que la instrucción en el arte de la guerra ha de constituir la principal dedicación del hombre de gobierno y ambas a su vez estarán en función de la polémica razón de estado que justificará el comportamiento en cualquier circunstancia para el mantenimiento de su poder (50).

Meineck demostró brillantemente que el caballo de batalla sobre el maquiavelismo resulta ser la razón de estado, resorte dialéctico último de ese relativismo pragmático que inspira la nueva moral política (51).

Hasta el mismo Marqués de Santa Cruz de Marcenado tiene en sus "Reflexiones Militares" desarrollados algunos de los temas clásicos de "El Príncipe": "De la liberalidad y la miseria"; "De si vale más ser amado que temido"; "De qué modo se debe guardar la fe prometida"; "De qué debe hacer un Príncipe para adquirir buena fama"; "De los secretarios de los Príncipes"; "De cómo se debe huir de los aduladores" (52).

No cita ni una sola vez al propio Maquiavelo, por la simple razón de que las obras del florentino estaban condenadas por el Santo Oficio e incluidas en el Índice desde 1559. Santa Cruz había leído, no obstante, a Maquiavelo, y esto es algo que no ofrece duda, no sólo por sus evidentes coincidencias temáticas y de escuela, sino porque el propio Marqués hace diversas referencias a que él ha tenido acceso a los libros prohibidos. Sin embargo, eludirá cuidadosamente la cita, y aún en su biblioteca no aparece que se encontraran las obras del florentino (53).

El planteamiento de fondo en Santa Cruz de Marcenado no confirma su aproximación al maquiavelismo sino más bien como resultado de su confesada inspiración cristiana su adscripción al tacitismo.

Interesa sin embargo destacar que hay una ambigüedad ética que se deriva del dualismo maquiavelismo-antimaquiavelismo, que Maquiavelo descubrió por lo menos en literatura, el fenómeno estatal de la doble moral o cinismo político virtud necesaria a gobernantes (54). El pensamiento maquiavélico convertido en positivista revelado contra el idealismo, define la virtud de las masas por la devoción ciega y la virtud de los gobernantes por la capacidad de violencia y astucia, en uno y otro caso, por lo contrario de lo que los racionalistas consideran como virtud moral (55).

La moral de las naciones nada tiene que ver con la moral individual y por lo tanto ni la palabra empeñada por las cancillerías y los tratados públicos, y las letras de los códigos, representan nada para ellas (56). Maquiavelo siente casi angustia porque la necesidad del político le determinará a no hacer "profesión de bueno" y una gran tristeza por el hecho de que exista tanto distanciamiento entre como se vive y como se debería vivir; más si es bueno y se vive como bueno se corre el riesgo de quedar arruinado entre tantos que no lo son (57).

Tras habernos contado tantas verdades amargas sobre los humanos, no nos da su explicación sobre la verdad del hombre a través de sus vicisitudes terrenas, tampoco lo hace de la historia de la humanidad. En el presente, mientras tanto, hemos venido a enfermar de eficientismo. No nos percatamos de que nuestra ausencia de respeto a la verdad nos convierte en vacíos miserables y en desesperados, pese al mucho actuar y a determinados éxitos (58).

Ulises, vulpeja a la par que león se batió bajo los muros de Troya, llegó a ser causa de extremas ruinas, con engaño y mediante ellos entretejió su dilatada odisea. Al final retornó viejo y cansado a Itaca. (59).

¡Cuántos Ulises vivirán aún sobre la Tierra! Pini--llos escribe sobre el ocaso de Maquiavelo (60) y cree que el manejo de las masas a pesar de las nuevas técnicas tiende a disminuir, la estrella de la manipulación se ha de apagar a medida que brille con más fuerza el espíritu del hombre pero no se aprecia ese mayor brillo que ha de apagar la manipulación. En las barreras de la disuasión, frente a las amenazas, reales o imaginarias todo tiene la sutíliza de lo maquiaveliano.

* * * *

NOTAS

- 1.- Maquiavelo Nicolás. "El Príncipe", Espasa Calpe S.A. Madrid, 1939.
- 2.- Kaplan Mortin A. "System and process in international politics", Nueva York, 1957.
- 3.- Mosca. G. Historia de la Doctrina Política, Revista de Derecho Privado, Madrid, 1957.
- 4.- Luckas G. "El Asalto a la razón", Grijalbo, Barcelona, 1972.
- 5.- Ferrando Juan Badia, "Las elites", Revista de la opinión pública nº 43, Madrid, 1976.
- 6.- Maquiavelo "El arte de la Guerra" pág. 101 Biblioteca clásica Madrid, 1895.
- 7.- Op. cit. pág. 102.
- 8.- Azorín "El político". pág. 5 Caro Regio, Madrid, 1919.
- 9.- Op. Cit. pág. 70.
- 10.- Maquiavelo, Historia de Florencia (III,13), Biblioteca Clásica Madrid, 1895.
- 11.- Sciacca M.F. La concepción del Hombre en el Pensamiento de Maquiavelo pág. 219, Folia Humanistica, Tomo VIII nº 87, Barcelona, 1970.

- 12.- Sciacca, Op.Cit. pág. 223.
- 13.- Maquiavelo, El Arte de la Guerra pág. 115.
- 14.- Op. Cit. pág. 118-119.
- 15.- Op. Cit. pág. 120.
- 16.- Op. cit. pág. 121.
- 17.- Op. Cit, pág. 304.
- 18.- Azorín, Op. Cit. pág. 70-71.
- 19.- Maquiavelo, El Arte de la Guerra pág. 125.
- 20.- Op.Cit. pág. 228.
- 21.- Op.Cit. pág. 311.
- 22.- Op. Cit. pág. 114-115.
- 23.- Op.Cit. pág. 111.
- 24.- Op.Cit. pág. 103.
- 25.- Caballero Calderón Eduardo. El Nuevo Príncipe. pág. 13, Re
vista de Occidente, Madrid, 1969.
- 26.- Op.Cit. pág. 15.
- 27.- Op.Cit. pág. 21.
- 28.- Op.Cit. pág. 20.
- 29.- Op.Cit. pág. 15.
- 30.- Op.Cit. pág. 124.
- 31.- Op.Cit. pág. 50.
- 32.- Maquiavelo, Discursos I.37., Biblioteca Clásica, Madrid, -
1895.
- 33.- Azorín, El Político, pág. 87.
- 34.- Feijóo, Teatro Crítico vol V.
- 35.- Azorín, El Político pág. 85-86.

- 36.- Palacios Leopoldo-Eulogio, La Prudencia Política, pág, 107--109. Biblioteca Hispánica de Filosofía. Gredos, Madrid, --1978.
- 37.- Op. Cit. pág. 109.
- 38.- Op. Cit. pág. 110.
- 39.- Azorín, El Político pág. 73-74.
- 40.- Comisión Española de Historia Militar, Ediciones del Ter--cer Centenario de Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Ma--drid, 1984.
- 41.- Azorín, El Político pág. 70-72.
- 42.- Op.Cit. pág. 77.
- 43.- Op.Cit. pág. 81.
- 44.- Op.Cit. pág. 82.
- 45.- Maravall Estudios de Historia del Pensamiento Español, Ma--drid, 1975.
- 46.- Op.Cit.
- 47.- Aron Raymond, Paz y Guerra entre las Naciones, Alianza Ed. Madrid, 1985. pág. 320.
- 48.- Bodin Jean, Les six livres de la République (1570), Aguilar Madrid, 1973.
Hobbes Tomás, Leviatán (1651), Puerto Rico, 1966.
Spinoza Baruch, Tractatus politicas (1677). Tecnos, Madrid, 1966.
- 49.- Maravall J.A. Teoría Española del Estado en el Siglo XVII. Madrid, 1944.
- 50.- Op.Cit.
- 51.- Meineck F. La idea de la Razón de Estado en la Edad Media, Madrid, 1952.
- 52.- Comisión Española de H.M. Op.Cit., pág. 74.
- 53.- La Llave García. La Biblioteca del Marqués de Santa Cruz.- Revista Científico-Militar. Madrid, 1885.

- 54.- Comisión Española de H.M. Op.Cit. pág. 77.
- 55.- Aron Raymond, Op.Cit. pág. 377.
- 56.- Caballero Calderón, Op.Cit. pág. 62.
- 57.- Maquiavelo "El Príncipe XV".
- 58.- Sciacca. M.P. Op.Cit. pág. 224.
- 59.- Pinillos, J.Luis. "El Ocaso de Maquiavelo", ABC. Madrid, -
19-1-85.

OBRAS DE MAQUIAVELO

- El Príncipe.
- Arte de la Guerra.
- Discursos sobre la primera decada de Tito Livio.
- Discurso sobre gastos de Defensa.
- La Milicia Nacional de Florencia.
- Modo de tratar a los pueblos rebelados de la Valdidriana.
- Ordenanzas de Infantería.
- Ordenanzas de Caballería.
- Fortificación de Florencia.
- Instrucción de Compañía.
- Descripción del procedimiento empleado por el duque Valentino para matar a Vitelli y otros.
- Reforma del Estado de Florencia.
- Historia de Florencia.
- Decenale primo (verso) (imitación de la métrica de Dante).

- Vida de Castruccio Castracani.
- Retrato de las cosas de Alemania.
- Relación de las cosas de Alemania.
- Discurso sobre las cosas de Alemania y acerca del Emperador.
- Retrato de las cosas de Francia.
- Discurso al Consejo de los Diez sobre las cosas de Pisa.
- Diálogo de la lengua.
- Discurso Moral.
- Novela de Belfegor (sátira contra la mujer).
- La Mandrágora (Una de las obras más perfecta de todos los tiempos: Menéndez Pelayo).
- La Clisia (copia de la Casina de Plauto).
- Comedia sin nombre.
- Comedia en verso.
- La Máscara (perdida).
- Poesías.

* * * * *